

## La Prosa

Mi amigo que ha sido siempre muy exigente estaba furioso aquella mañana. Cuando entré á visitarlo tenía en la mano tres ó cuatro revistas literarias. Vino hacia mi agitándolas en la mano y escandalizado me dijo:

—Toma, lee.

Yo las tomé y las leí; nada de particular encontré en ellas y entonces interrogué á mi amigo por la causa de sus aspavientos.

—Eres un topo, — me dijo. ¿No ves de que han llenado esas revista-? versitos y más versitos. ¿No te da pena que se malgaste el papel tan lamentablemente?

—En efecto, le contesté, pero ese no es un argumento. . .

—¿Cómo que no?, me interrumpió. ¿No ves lo que pasa con nuestros literatos? . . . Todos hablan en verso y ¡ay! la mayoría desastrosamente. Por estos lados no oírás hablar más que del poeta fulano y del poeta zutano, y del poeta mengano; no hay más que poetas. Cualquiera chiquillo, cursi, llegado á la edad de la razón comienza á emborronar cuartillas haciendo versos aristocráticos, donde entran jardines embalsamados y chuletas virgíneas. Otros se llenan de ideas avanzadísimas y tales nobles ideas producen en ellos efectos contraproducentes, es decir, imitaciones descabelladas de poetas revolucionarios. Otros son románticos, otros. . . pero ¡para que seguir!; baste decir que en ninguno de ellos se encuentra originalidad ni talento; no hacen más que imitar á los maestros. Más tarde á esos poetas en embrión los vemos regenteando una fábrica de morcillas ó comerciando tranquilamente tras un prosáico mostrador.

—¿Pero que quieres que hagan? protesté yo.

—El poeta, me contestó mi amigo, nace; el escritor puede hacerse. En nuestros literatos encontramos un desprecio bastante marcado por la prosa, ¿sabes la razón?; por

que cuesta mucho perfeccionarse. Todos quieren para sí la fácil condecoración del título de poeta que es el que más difícilmente se adquiere. Todos hacen versos bien medidos sí, pero vacíos de belleza, mientras que la prosa se prostituye dolorosamente, convirtiéndose en artículo de diario ó de revista agronómica. Nuestros escritores sienten un fastidio invencible por la prosa.

—¡—!

La prosa amigo mío, la prosa es una tierra que da frutos maravillosos de belleza y de armonía. Cultívala que te ha de rendir óptimas cosechas. Toma un cincel y escúlpela, que es susceptible á modelación como el blando mármol de Carrara. Amala como á una novia prodigiosamente divina, única, que ella te devolverá su amor dándote los incendios de sus besos y el supremo goce de sus abandonos, en premio de tu dedicación y cariño. Haz un altar y adórala, toma tus laureles, corona su pura frente anacarada y arroja á sus piés como una ofrenda humilde, todas tus horas de trabajo y de ensueño!

Mi amigo se paseaba á grandes pasos.

—Si amigo mío, ámala, ámala. Nuestra lengua es de Dioses; ¿porque la desprecian? Ella es graciosa y fácil en Rubén Darío; es maliciosa y galante como una parisíen en Gómez Carrillo; es musical, sonora, radiante en Martínez Sierra; es serena y magestuosa como un límpido río que corre en Rodó, es. . .

—Solo que, interrumpí yo.

—¿Qué?

—Que para escribir en prosa no es solo suficiente la dedicación.

—Y ¿qué falta? me preguntó mi amigo.

—El talento, le contesté.

—Tienes razón, y mi amigo se calmó como por encanto, diciéndome tristemente:— Estas revistas debían haber ido en blanco.

Mi amigo es muy exigente, pero aquél día tenía razón.

Alberto Lasplacas.